

CLAUDIA PALACIOS

PERDONAR LO IMPERDONABLE

CRÓNICAS DE UNA PAZ POSIBLE

CONTENIDO

Prólogo	11
Capítulo 1. Enemigos en el conflicto, amigos en el posconflicto	19
Capítulo 2. La delgada línea entre ser víctima y volverse victimario.....	42
Capítulo 3. El amor no sabe de bandos opuestos.....	63
Capítulo 4. ¿Cárcel o segunda oportunidad?	73
Capítulo 5. Héroes del monte y de la vida.....	99
Capítulo 6. El presente de los casos que fueron noticia	105
Capítulo 7. Mujer, superar el dolor sin desear venganza.....	168
Capítulo 8. Experiencias de la Ley de Justicia y Paz, primer experimento de justicia transicional en Colombia	186

Capítulo 9. Perdonar, una cuestión de método y acompañamiento.....	210
Capítulo 10. Lecciones de nuestros procesos de paz, frustrados y exitosos, contadas por sus protagonistas.....	227
Agradecimientos	317

CAPÍTULO 1

Enemigos en el conflicto, amigos en el posconflicto

PERDÓNEME, LO SECUESTRÉ, PERO NO ME ECHE QUE NECESITO EL TRABAJO

Lucho llevaba un año trabajando en el restaurante de César cuando se atrevió a contarle la verdad: “Don César, yo estaba en el Frente Tercero cuando usted estuvo secuestrado por ese frente. Yo sé todos los horrores que vivió, sé que desde San Vicente del Caguán dieron la orden de matarlo. Yo ya me desmovilicé, por favor perdóneme, por favor no me eche que necesito el trabajo”.

“Para mí fue como un baldado de agua fría”, dice César. “Durante mucho tiempo después del secuestro, yo quería matar a los guerrilleros. Lucho me venía pidiendo permisos para faltar todos los sábados, que para ir a estudiar. Cuando me vio como desconfiando fue que me contó la verdad, los sábados eran sus clases en la Agencia Colombiana para la Reintegración. Yo tenía mucho dolor en el alma, no le quería dar la oportunidad, le dije que lo iba a pensar. Es que yo trabajo desde que tenía catorce años, soy del Valle del Cauca y de allá me vine al Caquetá a estudiar Contaduría Pública en la Universidad de la Amazonía, empecé a hacer empresa, llegué a tener doscientos setenta y cinco empleados, y diez negocios. Pagaba vacuna a las Farc desde el año 78. Uno como empresario aprende a vivir con eso. Pero

en el 98 me pidieron quince millones, yo no los tenía, les di cinco. Por esos días también me pidieron que les transportara unos heridos pero yo les dije que no hacía parte de su grupo, que yo trabajaba en mis negocios para darles de comer a ellos. Parece que eso los enojó porque a los días llegaron a mi casa tres hombres armados que nos sacaron a mi esposa y a mí, y nos montaron a una camioneta sin darnos tiempo de nada. Ahí empezó la gran caminata. A mí me llevaron hasta el Tolima, caminando de seis de la tarde a seis de la mañana. Nos tuvieron solo tres días juntos, al cuarto despacharon a Claudia, mi esposa, para que consiguiera mil millones de pesos, no les importó que les dijéramos que no teníamos esa plata. Cada que Claudia iba a Los Pozos, Caquetá —la capital de la zona de despeje que Pastrana les dio a las Farc—, para negociar mi liberación con Samuel —el comandante del frente que me tenía secuestrado—, él le daba vueltas a una pistola, le decía que si no pagaba me iba a mandar descuartizado y empacado en bolsas de polietileno”.

Claudia, la esposa de César, aparece con sus hijos en medio de la conversación y tímidamente va agregando detalles. “Al principio yo lloraba cuando alias ‘Samuel’ me decía eso, pero un día me harté y le dije que era un bruto que se creía muy macho porque tenía una pistola. Ese día dejó de maltratarme emocionalmente. A pesar de lo que estábamos viviendo pasaban cosas que hoy nos hacen reír. Una vez que yo iba a entregar parte de la plata le pedí a alias ‘Samuel’ una prueba de supervivencia. Nos comunicaron por radio, con las frecuencias que usa la guerrilla, que oían todos los frentes de acá del Caquetá. César me decía que me amaba, que cuando saliera de allá me iba a meter una culiada la hijueputa. A mí me dio pena, pensaba que cómo podía decir eso en medio de esta tragedia. También me dijo que quería que tuviéramos otro hijo, una niña. En fin, cosas así. El hecho fue que yo no pude conseguir toda la plata, ya había vendido lo que podía, había pedido préstamos pero no completé lo que la guerrilla me pedía. Varias veces les dije que me dejaran a mí secuestrada y que soltaran a César porque a él de pronto le quedaba más fácil conseguir la plata que faltaba. El día que les llevé lo que reuní fui con mi papá. Él se quedó en el carro esperando y a mí me montaron en una mula. Cuando me recibieron el dinero me dijeron que yo me quedaba ahí secuestrada y que mi esposo había sido sacado de ese

misimo lugar pero por un camino distinto al que yo entré. Me dio una crisis horrible”.

“Caminé ocho horas para salir al sitio donde estaría esperándome Claudia”, dice César. “De pronto, alias ‘Samuel’ me hizo arrodillar y me estuvo apuntando cuarenta cinco minutos en la cabeza con una pistola, de repente me dijo que me parara. Cuando llegué y vi solo a mi suegro y la guerrilla me dijo que se habían llevado a Claudia les pedí una pistola para pegarme un tiro. Samuel me dijo: ‘Tranquilo compañero, que usted consigue la platica que falta’”.

César estuvo nueve meses secuestrado y Claudia uno. Perdieron casi todo. A los hijos de una unión anterior de César, que estudiaban en los mejores colegios en Bogotá y Cali, les dijeron que si querían seguir estudiando se fueran a Florencia, que allá al menos podían irse a la universidad a pie y podrían comer en el restaurante de la familia. “Lo más berraco es que a los dos meses de haber sacado a mi esposa del secuestro me llegó la DIAN a embargarme propiedades dizque porque debía el IVA, el Bienestar Familiar que porque no había pagado parafiscales, etc. Me preguntaba si no estaba siendo igual o más victimario conmigo el Estado de lo que lo fue la guerrilla. Pero hasta eso perdoné”.

Lucho decidió dejar la guerrilla diecisiete años después de entrar a las Farc, un día que no toleró más oír a su hijo de cuatro años decir que cuando fuera grande quería ser guerrillero. No quería que repitiera su historia. “Entré a las Farc cuanto tenía catorce años, pero desde que era pequeño la guerrilla llegaba a mi casa y me ponía a hacer mandados. A veces nos regalaban comida. Una vez me llevaron con ellos como siete meses y me trataron muy bien. Yo no había visto más del mundo, mi mamá salía a Florencia una vez al año. Siempre pensé que ser guerrillero era mi mejor opción... Yo me considero una víctima de la guerrilla. No tuve la oportunidad de conocer un carro, de montarme en una cicla, mi primer juguete fue una nueve milímetros. Aún así, cuando me desmovilicé venía dispuesto a pagar cárcel porque aunque yo hice más que todo labores de logística, también me tocó coger a varias de las personas con las que yo crecí, y claro, eso es duro, pero yo tenía que cumplir órdenes. Cuando me dijeron que no tenía que pagar cárcel me sentí muy feliz y me dije que tenía que aprovechar esta oportunidad”.

Para poder volver a levantar el único negocio que le quedaba, el restaurante, César aprendió a cantar, así esperaba atraer más público. Él mismo atendía y hacía los oficios. Solo uno de sus amigos comerciantes lo apoyó, le puso a disposición su negocio para que se abasteciera hasta que pudiera estabilizarse, y no le cobró una deuda, los demás desaparecieron. Un día le llegó una carta del Departamento de Quejas y Reclamos de la Columna Teófilo Forero: “¡Qué tal!, era porque no le había pagado las prestaciones a una muchacha que fue mesera del restaurante y resultó que esa muchacha era guerrillera. Cuando ella dijo que se iba le hice la cuenta de lo que debía pagarle, trescientos cuarenta y cinco mil pesos, le dije que no tenía plata pero que se llevara un enfriador que yo tenía ahí en el negocio y no se lo quiso llevar. Cuando fui a Los Pozos, en San Vicente del Caguán, por la citación que llegó, eso funcionaba tal cual como una oficina de quejas y reclamos, por turnos. Me dijeron que consiguiera cinco millones de pesos y que se iban a quedar con mi carro como prenda de garantía, o que si no me secuestraban. Me devolví en un bus, sin un peso, pero al menos libre. El carro se perdió, obviamente. Otro día llegaron unos paracos a pedir el carro prestado, que me lo devolvían a las ocho de la noche del día siguiente. Cuando fui por él lo estaban lavando, estaba lleno de sangre”.

Así era la cotidianidad de César y su familia, dicen que la Cruz Roja les ofreció sacarlos del país pero ellos prefirieron seguir luchando en Colombia. “Para César fue un poco más fácil que para mí, yo tenía mucho miedo, sentía que todo el mundo quería hacernos daño, sobre todo después que me di cuenta que un compañero de la universidad me hacía inteligencia”, dice Claudia. “Después del secuestro nos metimos como en una cápsula, no hablábamos con nadie, no salíamos sino estrictamente a lo necesario”. Pero César, siempre tratando de encontrar el lado positivo de las cosas, recuerda una anécdota: “Un día llegó un señor al negocio, me preguntó si no me acordaba de él. A mí se me bajó todo. Me dijo que estuviera tranquilo, que solo había ido a decirme que me admiraba mucho porque yo tenía las gúevas muy bien puestas, y a pedirme perdón. Me dijo que si no me hacía cavar mi tumba lo hacían matar a él. Terminamos abrazados, llorando. Yo le dije que lo perdonaba, pero ese día fue muy berraco. Me cuestioné si había hecho lo correcto, si debía mandarlo a matar, pero al final pensé

que era mejor tener la conciencia tranquila. Él fue el guerrillero que me dijo que hiciera más grande el hueco que me mandaron a cavar un día, estando secuestrado, cuando me pasaron una pica y una pala. Me ordenaron abrir un hueco de mi estatura, yo me preguntaba por qué. Llevaba un rato en esas cuando él me dice que lo mejor es que me meta al hueco y me mida para que no fuera a quedar torcido porque en ese hueco me iban a enterrar a mí. Me puse a llorar y a orar en voz alta, y alcanzaba a oír que lloraban también varios de los que me estaban cuidando, incluido él. Otro día uno de los secuestradores, cuando lo iban a trasladar de campamento, me abrazó a escondidas. Él era el que le decía al comandante que me dejara ir a bañar al río para que yo cantara porque yo tenía bonita voz. Así al menos pude bañarme una vez a la semana. Cosas como esas me hacían ver que había muestras de humanidad en ellos”.

Por eso cuando Lucho le confiesa a César su secreto, él no solo recuerda el dolor que vivió a causa de guerrilleros como Lucho. Piensa además que él, como muchos comerciantes, tiene su cuota de culpabilidad por no haber dado suficientes oportunidades a la gente. Desde su punto de vista, el Gobierno cobra demasiados impuestos que limitan al comerciante para hacer obras sociales. César pensó qué hacer con Lucho, lo consultó con su familia y decidió seguir trabajando con él. “Nos volvemos amigos, me vuelvo el abuelo de su hijo. Un día como a los siete años de estar trabajando juntos, me dice: ‘Don César, usted ya me ha dado mucho, ahora yo tengo que arrancar solo’. Eso me hace vivir muy admirado de él. Le dieron ocho millones de pesos de Capital Semilla y ahí va, saliendo adelante con un negocio de venta de huevos de codorniz. Yo quisiera ayudarle más y ayudar a otros desmovilizados pero no puedo porque los bancos no me prestan plata para poner a producir una finca de doscientas treinta hectáreas que tengo, en la que podría desarrollar cantidad de proyectos para apoyar a esta gente. Lo otro es que acá las cosas cuestan mucho si las hace el Gobierno. Le pongo un ejemplo: en la vía Florencia a Santo Domingo había ciento cincuenta derrumbes, ningún alcalde, ni gobernador, ni la misma guerrilla solucionaba eso, y cada rato se tapaba esa vía, con el perjuicio que eso tiene para la gente. Nos unimos cien campesinos y cincuenta desmovilizados, gestionamos algunos recursos que no pasaron de los trescientos millones de pesos, y en una semana hicimos

veinticuatro puentes colgantes, treinta y seis alcantarillas, cinco canaletas. Un trabajo por el que la guerrilla había calculado tres mil ochocientos millones de pesos, ponían cada alcantarilla a treinta y cinco millones y a nosotros no nos salió a más de millón ciento cincuenta mil pesos cada una. El día que terminamos los campesinos lloraban, soltamos la paloma de la paz”.

Le pregunto a Lucho si su hijo todavía quiere seguir siendo guerrillero, sonríe y dice con énfasis: “Nooo, quiere ser ingeniero de sistemas y ya va en séptimo en el colegio”. Lucho reconoce que hay desmovilizados que no aprovechan tan bien el programa de reintegración como él y dice que les recalca que deben tomar las riendas de su vida y no dejarse llevar por el abismo que otros les muestren. “Hay unos que vuelven a extorsionar, o que se meten en vicio, o se ponen a mendigar. Pero es que necesitan más apoyo, uno no puede dejar de ir a trabajar por estar yendo a los programas de la Agencia de Reconciliación a jugar a la gallina ciega y a pintar palitos. Esa es la terapia que hacían los psicólogos cuando yo iba”. Como varios exguerrilleros con los que he hablado, Lucho es uribista: “El Frente Tercero tenía cuatrocientos ochenta hombres, ahora quedarán veinticinco. Si a Uribe lo dejan cuatro años más se acaba la guerrilla. Si les dieran aún más oportunidades a los desmovilizados no se necesitaría todo ese whisky que se están tomando en La Habana”.

A los seis meses de haber salido del secuestro, Claudia quedó embarazada, y como César quería, nació una niña. La hija menor de César y Claudia no ha vivido las historias de dolor que sus otros hermanos vivieron en carne propia pero las ha oído cientos de veces narradas por los miembros de su familia. Tampoco ha tenido las comodidades económicas que tuvieron sus hermanos antes de que sus padres fueran secuestrados, de hecho cuando Claudia tenía veinte días de embarazo se inundó la casa y tuvieron que irse a vivir en un barrio de menor estrato. Por esa inundación perdieron todos los muebles. Pero ella compara su familia con la de sus compañeros de estudio y dice que la suya es una familia que no tiene plata pero que vive feliz. César no puede contener las lágrimas al oír a su hija hablar de esa manera. Otra de las niñas critica el proceso de paz, dice que la verdadera paz se hace con el ejemplo, en cada casa, como lo han hecho sus padres con ella y sus hermanos. “Mis papás han hecho una labor muy bonita con

nosotros, que es parar la cadena de venganza. Obviamente da coraje todo lo que nos ha pasado. Cuando me enteré de lo de Lucho me dio rabia, pero lo acepté y me hice amiga del hijo de él. Además, una de sus hermanas trabaja acá en el restaurante y la quiero mucho”. César se quita las gafas para secarse las lágrimas que le salen, sin duda, por la emoción de ver que su ejercicio de perdón ha rendido frutos en su familia. Sorbe un poco de agua y toma aire para complementar lo que han dicho sus hijas: “Nosotros creemos que el reintegrado de verdad quiere un cambio en su vida y por eso permitimos que ellas compartan con la familia de Lucho”.

La Unidad de Víctimas reconoció a César y a Claudia como víctimas pero no a sus hijos. “Como si no se hubieran visto perjudicados para acceder a una buena educación por cuenta de lo que tuvimos que pagar por el secuestro”, dice César. Y Claudia agrega: “Y eso que nosotros mismos tuvimos que buscar y organizar el expediente de la demanda por secuestro, dizque porque debíamos reunir pruebas de que sí estuvimos secuestrados. Al final nos dijeron que nos iban a dar veinte millones en un plazo de diez años. ¿Puede creer eso?”.

Pero así como ha habido cosas duras la vida también lo ha premiado. Dice César: “Yo no tenía cómo pagar la universidad de mis hijos mayores y ellos lograron cupos en la Universidad del Valle, a pesar de lo peleados que son esos cupos. Son muy buenos muchachos. ¿Ve que tengo razones para darle gracias a Dios? Yo he aprendido que las pruebas no son castigos, sino oportunidades para fortalecerse espiritualmente. Por eso oro, generalmente cuando estoy en la ducha, pido por todo el mundo, tanto que mi hija menor me dice que no gaste tanta agua... pido hasta por alias ‘Samuel’”.

YO NO LE HICE NADA PERO QUIZÁ LA SOCIEDAD SÍ: MAURICE ARMITAGE, EXSECUESTRADO

“Berracos, si me van a matar péguenme el tiro en el corazón, no en la cabeza para que mi entierro no sea tan horrible, al menos que no quede tan feo porque yo tengo dos hijas y pobrecitas ellas tener que verme así”. Así les habló Maurice Armitage a sus secuestradores al quinto día de secuestro, cuando ya era tan fuerte la presión del ejército y de la policía para lograr su liberación que los captores habían

reconocido que fracasaron, a tal punto que aceptaron dejarlo tirado en el monte para que se pudiera escapar luego de que Maurice les ofreció cien millones de pesos a cada uno, los cuales les entregaría cuando ya estuviera en libertad. “Le dije a uno: usted con eso compra un taxi y el otro monta una tienda. Ellos decían al principio que no porque ‘el Viejo’ los mataba”. El Viejo era el jefe de la banda que financió el secuestro de Maurice y que iba a entregarlo a la guerrilla. No era el primer secuestro para este empresario dueño de la siderúrgica Sidoc y de un ingenio azucarero, pues ya lo habían tenido cautivo un mes y medio a él y a cinco amigos suyos cuando el Frente 57 de las Farc los interceptó durante un viaje de vacaciones al Chocó. En esa oportunidad todos pagaron para recuperar la libertad. Este nuevo secuestro fue posible porque uno de sus empleados de confianza lo traicionó. “Yo le tenía cariño a él, mi nieto jugaba con su hijo, llevaba cinco años trabajando de mayordomo en la finca en Jamundí, le dejaba que pusiera a pastar sus vacas en mi propiedad, un día que se rompió un hueso y su EPS no lo atendió bien pagué de mi bolsillo nueve millones de pesos para que le hicieran una cirugía buena, en fin. Un día fui a revisar unos trabajos que estábamos haciendo en la finca y él me preguntó si no me iba a tomar un tinto, cuando me desvié para ir a donde me iba a tomar el tinto me salieron tres tipos con ametralladoras y pistolas, me taparon la boca con una toalla y me llevaron montaña arriba”.

“Dos cuñados sabían que don Moris iba todos los domingos a la finca y me dijeron que lo iban a secuestrar pero que si yo ‘sapeaba’ me mataban a mí y a mi familia. Yo sabía que uno de ellos ya tenía un muerto encima y por eso sabía que era capaz de cumplir lo que decía. Uno de ellos había trabajado un tiempo con don Moris y se había dado cuenta de lo buen patrón que es él, por eso tenía envidia. El día del secuestro uno de ellos, John Jairo, se estuvo conmigo todo el tiempo para vigilar que yo no le hiciera ni señas a don Moris”. Así relata Berto*, el mayordomo de Maurice Armitage, el contexto en el que se vuelve cómplice del secuestro de su patrón. También se dejó tentar por la ambición porque le ofrecieron darle parte del dinero que recibieran por liberar a Maurice, aunque dice que luego se enteró

* Nombres cambiados por petición de los protagonistas de la historia. En adelante, este llamado tendrá el mismo significado (nota del editor).

de que sus cuñados tenían el plan de matarlo para no darle la parte que le correspondía. Berto estuvo preso un año, durante ese tiempo su familia recibía una mensualidad de parte de Maurice Armitage, quien no tuvo corazón para dejar desprotegidos a la esposa y a los hijos de Berto. También le pagó el abogado que agilizó su salida de la cárcel.

“Yo creo que todo el que comete un error está presionado por algo, y nunca he tenido deseo de venganza, aunque por los cuñados de Berto no tengo el mismo sentimiento. A esos nunca los cogieron, tampoco a los que me tuvieron, y eso que me estuvieron llamando durante un año después del secuestro dizque para que les diera los cien millones. Me los quité de encima diciéndoles que los iban a ubicar porque mi teléfono estaba intervenido. Pero para mí perdonar no es difícil. Mi papá era un inglés que sufrió la Primera Guerra Mundial, somos cinco hermanos que crecimos en un hogar de clase media, todo lo compartíamos, al que se levantaba tarde le tocaban los calzoncillos rotos. Desde muy joven he tenido como premisa que la vida devuelve multiplicado por diez lo que uno haga. Acá vivimos con la teoría de que el rico es hábil en la medida en que le pague poquito a los de abajo, a mí algunos ricos de Cali me han llamado comunista, pero si los que tenemos la oportunidad de manejar la riqueza no cambiamos, el sistema capitalista va a colapsar porque los que concentramos la riqueza estamos acabando con el poder adquisitivo del salario de los consumidores en los que se basa el sistema capitalista. Creo, por ejemplo, que las empresas deben compartir utilidades con la gente que les ayuda a producirlas. No porque uno sea dueño de la empresa es dueño de todas las utilidades logradas con el trabajo de la gente que se quemó las manos con vos para ganarlas. En Sidoc desde hace diez años repartimos el quince por ciento de las utilidades cada tres meses entre los setecientos empleados, hemos llegado a repartir hasta un millón setecientos mil pesos a cada uno, por igual a la señora de la cafetería que a los vicepresidentes. Y los empleados ven los balances y saben que cuando el precio del dólar no nos favorece pues no hay repartición de utilidades. Pero es que a los ricos de Colombia les da pena ser ricos. ¿Qué me pasa a mí o a mi familia si por repartir utilidades, en vez de veintisiete mil millones nos ganamos veinticinco mil? ¡Nada! A mis empleados les enseño a que ahorren, por cada cincuenta

mil que ahorren la empresa pone otros cincuenta mil, les digo que no fíen porque se condenan a ser pobres, que es preferible que no coman carne una semana en vez de que se endeuden para comprarla. Y que no se casen ni tengan hijos hasta que puedan mantenerlos, ni hagan fiestas de quince ni de primeras comuniones ni nada de esas bobadas que solo los hacen gastar plata que no tienen”.

Le pregunto a Maurice qué le dice su familia de esta manera de ver la vida y responde que cuando sus hijas se enteraron de que él estaba ayudando a su secuestrador dijeron “ahí está pintado mi papá”, y que incluso a los empleados que saben lo que pasó les parece el colmo que cuando Berto lo llama porque tiene una necesidad él le mande plata.

“Yo siento una pena inmensa con don Moris por haber hecho eso, y lo lamento mucho. Cada quince o veinte días lo llamo y le pido trabajo pero él me dice que no me puede contratar porque su familia está muy dolida conmigo, pero sin embargo me ayuda; y la verdad es que con el solo hecho de que me haya perdonado yo me siento ya muy agradecido. Al patrón con el que estoy ahora no le he dicho nada de esto porque me echa, ¡quién va a querer trabajar con un secuestrador!”. Berto tiene manos gruesas, con callos, su piel tiene arrugas profundas y está quemada por el sol recibido por tantos años de trabajo al aire libre, es como miles de campesinos colombianos. Maurice dice que a Berto no le hizo nada malo, pero que quizá la sociedad sí, por la inequidad en la que vive. “Los empresarios le pagamos muy bien al que es presidente pero muy mal a los obreros. Yo no veo mi secuestro como algo personal de él contra mí sino en medio de un contexto, y estoy convencido de que la paz se logra con la distribución de la riqueza. Es claro que la guerrilla está desprestigiada por su proceder militar, pero no por su principio ideológico. El que diga que eso no es cierto es porque no conoce. Por eso creo que lo importante del proceso de paz es quitarle el certificado de tradición a las Farc. Y no nos aterremos por contratar desmovilizados como empleados, ni porque al congreso vayan a ir veinte guerrilleros, ¿acaso no fueron congresistas cuarenta paramilitares?”.

SOY UN REVOLUCIONARIO DE DERECHA: EXSECUESTRAO

“Me fui al Frente 49 de las Farc enamorada. Tenía quince años, estaba haciendo noveno, mi novio ya llevaba tiempo en la guerrilla, me decía que había que luchar por el pueblo, pero yo no me fui por eso, me fui por amor. Creo que usó eso para reclutarme porque cuando entré al grupo me maltrató mucho”. Alejandra* duró tres años en las Farc, primero dejó el colegio en Fragueta, pueblo del Caquetá, y se fue a vivir con su novio a Sabaleta, en el mismo departamento, donde ambos hacían labores de milicianos, pero cuando los paramilitares entraron a ese pueblo tuvieron que irse a los campamentos del frente, que se replegó hacia el Putumayo. “Éramos ocho hermanos, yo soy la menor. Habíamos llegado a Florencia desde San Antonio de Getachá porque mi papá le pegó una puñalada en la cabeza a mi mamá. Desde que yo tengo uso de razón recuerdo que la maltrataba. Además, a uno de mis hermanos lo quiso reclutar la guerrilla, y a él no le gustaban esos enredos. Como a mi mamá le quedaba difícil mantenernos, me fui a Fragueta a ayudarlo a un hermano en el restaurante que él tenía, y así le aliviaba la carga a mi mamá. No sabía lo que me esperaba allá. Ese es un pueblo gobernado por la guerrilla. Nadie se imagina la capacidad de convencimiento que ellos tienen para reclutarlo a uno. *Uno realmente cree que irse a la guerrilla es la solución a los problemas.* Cuando me fui no pensé tanto en lo que podría pasar por el hecho de que un hermano mío se había ido de paramilitar, yo hasta creía que podía estar muerto porque llevábamos un año y medio sin saber de él. Pero estando en la guerrilla me daba miedo que un día lo llevaran a él y lo mataran en frente mío. Yo vi cómo le sacaban la información a los paras en la guerrilla, luego les hacían abrir un hueco, les pegaban un tiro y en ese hueco los enterraban. Es algo que se vuelve muy común, pasa y todo sigue normal, como si nada, pero me aterraba que un día fuera a pasar con mi hermano”.

Nada más entrar al campamento en el monte y Alejandra se dio cuenta de que esa no era la vida que quería, no podía salir o entrar a la hora que quisiera, y su novio le empezó a pegar. Allá también estaban los papás y el hermano de su novio. “A mi suegro ni le dijimos que nos íbamos a ir porque él era tan revolucionario que hubiera sido

capaz de hacernos matar si se daba cuenta que íbamos a desertar. Él había nacido guerrillero, su papá fue de los primeros guerrilleros que hubo, él no conocía otra vida”. La decisión de abandonar el grupo llegó cuando supo que estaba esperando un bebé. Ocultó el embarazo por siete meses hasta que un día se cayó, sintió un dolor bajito y le dijo al comandante de su campamento lo que le pasaba. “¿Cómo, pestañona, que se dejó embarazar? Tranquila, que en estos días viene el médico del Ecuador y le arregla ese problema’. Yo sabía que lo que me estaba diciendo es que el médico me haría abortar, le dije al papá de mi bebé que me iba a ir del grupo, con él o sin él. El habló con su mamá y con su hermano y planeamos la estrategia para irnos un día que estábamos en un desplazamiento hacia el Putumayo. Nos habían dejado a unos pocos cuidando una finca coquera muy grande, que era del Frente 49, y ahí vimos la oportunidad. El papá de mi hija se quitó la barba, cambiamos nuestra forma de vestir, dejamos las armas, los códigos, las granadas, y los radios, toda la dotación para que la guerrilla no fuera a tomar represalias contra nosotros. Logramos llegar a Neiva donde una tía de él que nos atendió muy mal. Entonces solo nos quedaba mi mamá, que vivía en Florencia, ella se resignó a recibirnos a todos. No queríamos acogernos al programa de reintegración porque en la guerrilla le dicen a uno que en ese programa el Ejército tiene a los desertores tres meses, les saca información y luego los desaparecen. Nos pusimos a criar pollo, y un día que salí a venderlo me vio un desmovilizado que trabajaba con la Fiscalía. Nos empezaron a hacer seguimiento hasta que nos llamaron del Ministerio de Defensa a invitarnos al programa de desmovilización. No queríamos ir pero nos dijeron que si en cuarenta y ocho horas no nos presentábamos en Bogotá, nos ponían una orden de captura”.

Alejandra y su familia pidieron plata prestada y se fueron a Bogotá. “Nos reseñaron todo, las huellas, los dientes. Nos metieron a un Hogar de Paz y allá nos enseñaron hasta lo que era un semáforo, cuáles son las calles, cuáles son las carreras, muchas cosas”. Estuvieron entre Bogotá, Ibagué y Neiva hasta que decidieron que en esta última ciudad estarían mejor con el auxilio que les daban en la Agencia para la Reintegración, que en esa época era de más de setecientos mil pesos mensuales por desmovilizado, ahora es la mitad. Ahí empezó a estudiar, y recibió la buena noticia de que su hermano, el que es-

taba en los paramilitares, también se había desmovilizado. “Fue una alegría grande saber que no estaba muerto, pero al mismo tiempo un miedo porque él le decía a mi mamá que cuando me viera me iba a dar una paliza por haberlo traicionado yéndome a la guerrilla. Él lo veía como una traición porque él desde donde estaba nos ayudaba económicamente de vez en cuando. También decía que a mi hija me le iba a cortar la cabeza porque era hija de un guerrillero. Y yo le creía eso porque supe que a ellos los entrenan muy horrible. Él era vigilante en una discoteca y sabía que tenía que dejar entrar siempre con sus armas y sus mujeres a los paras. Por hacer eso le daban buenas propinas, como doscientos mil pesos. Entonces él vio esa vida como algo que le daba una muy buena situación económica. Cuando los paramilitares llegaron al Caquetá, como en el 2000, nadie sabía lo que iban a hacer, pero como ofrecían trabajo, y, como mi hermano sabía de milicia porque había prestado el servicio militar, aceptó trabajar con ellos. Me contó que la primera noche lo pusieron a armar un cambuche para dormir, y que cuando se despertó, como a las cinco de la mañana, tenía al lado un cadáver todo ensangrentado. Le dijeron que tenía que despresarlo y enterrarlo. Luego la otra prueba fue ver una pelea de dos detenidos, uno armado con un palo y otro con una peinilla (machete). El del machete mató al del palo y al de la peinilla lo mataron otros. La prueba era también despresarlos, sacarles las tripas, el corazón, tomárseles la sangre. Así es que los enseñaban a hacer eso sin que se les diera nada”.

El encuentro entre Alejandra y su hermano se dio un día que ella fue a visitar a su mamá, y su hermano estaba también ahí. No la saludó, ni accedió a los ruegos de la mamá para que aceptara hablar con su hermana. Luego llegó una Navidad y de nuevo la mamá preparó todo para acercar a los hermanos. “Esa vez sí me saludó, aunque no muy bien. Pero al menos ya se había sensibilizado porque había tenido una hija. Le compré una pijama a mi sobrina y se la entregué a mi hermano para que se la diera, en ese momento le pedí que habláramos. Me preguntó si es que yo me había ido a la guerrilla porque lo quería matar a él, que era paramilitar. Le dije que esas son cosas de la vida, que no pensé en las consecuencias, que solo estaba enamorada y que dejáramos la bobada que ni él estaba ya en su grupo ni yo en el mío; y que nuestras hijas no podían criarse con rencores de cosas que

ni entendían. La mujer de él ayudó mucho, y poco a poco se fueron arreglando las cosas, incluso entre él y el papá de mi hija”.

Alejandra se tomó en serio el proceso de reintegración, hizo un curso Técnico en Sistemas, otro en Control y Registro Médico y otro en Administración de Empresas de la Salud, aunque dice que lo que de verdad quería era estudiar Psicología pero le daba miedo aplicar a la universidad porque iba a encontrarse con una gente “toda juvenil”. Por fin se decidió y ahora le falta un semestre para graduarse. Alterna sus estudios con el trabajo de Promotora en la Agencia Colombiana para la Reintegración, que ha “reclutado” a sus mejores reintegrados para que abran las puertas de educación y empleo a nuevos desmovilizados. “Yo apliqué para el trabajo de promotora de reintegración y cuando me lo dieron fue muy raro porque yo nunca había tenido un trabajo. Lo que hacía era vender productos por catálogo, pero no sabía que en un trabajo con contrato descuentan que dizque para la seguridad social. Eso es muy caro, pero bueno, así es”.

Para poder estudiar y trabajar le ha tocado dejar a su hija al cuidado del papá, de quien se separó porque, según sus palabras, no pudo superar la agresividad que desarrolló en la guerrilla. “Ahora mi hermano, que sigue en el proceso de reintegración, aunque no quiso estudiar, llega a la agencia y es chistoso porque me dice: ‘A ver, señora promotora, atiéndame’. A él lo han convidado para nuevos grupos, esos de bacrim que se han formado en el Caquetá, pero ha dicho que no. Él no cae porque adora a sus hijas, y tiene su trabajo en construcción. Aunque por el millón ochocientos mil pesos que están ofreciendo estoy segura de que muchos que están sin trabajar ni estudiar sí aceptan. Los nuevos desmovilizados que llegan a la agencia me dicen ‘doctora’, eso es chistoso. Yo les digo que no me digan así, que yo también fui del programa de reintegración”.

La prueba de fuego llegó para Alejandra cuando tocó las puertas de una compañía de productos de belleza. El gerente de la empresa le dijo que quisiera ayudarle pero le contó que él había estado secuestrado por la guerrilla. “Me llené de fuerzas, Dios me las dio. Le dije: ‘Es que yo no solo soy promotora para los reintegrados, sino que yo misma soy desmovilizada’. Me dijo que no lo podía creer”.

“Fui secuestrado por el sexto frente de las Farc, por alias ‘Caliche’, en una pesca milagrosa que hizo en 2005, un día que yo viajaba de

Cali a Timbío, en el Cauca. Me tuvieron cuatro meses, me pedían mil millones de pesos y yo les decía que solo tenía deudas. Me mantenían encadenado pero poco a poco fueron confiando en mí. Un día uno de los guerrilleros me llevó a que lo acompañara a coger leña y arranqué a correr, llegué a una carretera cerca a un caserío que se llama La Paloma, me monté en un *jeep* público. No me atreví a decirle al conductor que yo era secuestrado porque como alguna gente de la población apoya a la guerrilla, me dio miedo que me entregara. Yo iba vestido de camuflado, como un guerrillero, creo que fue por eso que cuando íbamos llegando a El Tambo me advirtió que allá había ejército. Le dije que yo me le había volado a la guerrilla y ahí mismo frenó, pensé que era guerrillero pero me dijo que tranquilo, y cuando llegamos a donde había policía me les tiré y les dije que era un secuestrado fugado. Casi no me creen. Esa misma noche le hicieron un atentado a mi esposa cuando estaba cerrando el negocio que teníamos en el Cortijo, abajo de Siloé, en Cali. Tuvimos que dejar todo lo que habíamos construido en Cali y nos fuimos a probar suerte en Bucaramanga”. En todo eso pensó Gerson Barón*, hoy en día gerente para el Caquetá de una firma de productos de belleza, cuando Alejandra llegó a su oficina a pedirle trabajo para desmovilizados de la guerrilla y del paramilitarismo. Y cuando le dijo que ella también era desmovilizada dice que no sintió rechazo, pues él sabía que tenía que colaborar.

“Cuando estuve secuestrado me di cuenta de que muchos de los guerrilleros que están ahí son ignorantes, a mí me tocaba leerles las cartas que recibían porque algunos no saben ni leer. Unos llegaron allá engañados, otros por venganza, otros por miedo y otros por plata. Estar como yo estuve no se lo deseo a nadie, *pero a mí ese secuestro me sirvió para crecer como persona*, saqué el odio que tenía en el corazón contra mucha gente. Antes solo pensaba en plata, plata, plata, plata, vivía ‘embambado’ (con cadenas y pulseras) y no veía mis errores, creía que yo era bueno porque no mataba y no robaba, pero, por ejemplo, trataba mal a mi esposa”, dice tapándose los ojos, “le decía dizque sonsa porque no me llevaba las chanclas rápido. Y era egoísta, si veía a otros aguantando hambre, en la calle, no me importaba”.

La voz de Gerson es reflexiva, no está orgulloso de la forma como vivía antes pero lo cuenta porque quiere hacer pensar a tantos que, como él, a pesar de venir de familias humildes, no tienen conciencia

social. “A mí me compraban zapatos de caucho, mi papá era policía y él me decía que aunque podía aprovechar para ganar más plata dejándose sobornar por narcotraficantes, que ya en ese entonces empezaban a surgir, él prefería seguir ganando un sueldo miserable porque a él no lo habían criado para hacer el mal. Eso se lo agradezco a mi viejo. Pero él murió y mis hermanos y yo quedamos con mi mamá, que era muy agresiva”.

Gerson señala dos cicatrices en su cara: “Esta que tengo acá en la quijada fue de un golpe que me dio mi mamá con un molinillo; y esta de la ceja, de uno que me dio con un nudo de rejo. Si nosotros queríamos ponernos ropa limpia teníamos que lavarla, o si queríamos irnos desayunados para el colegio teníamos que hacernos el desayuno. Yo llegué a cuidar carros, fui hasta raspachín de coca para poder tener plata. Todo eso hizo que yo tuviera una relación muy mala con mi mamá, ni nos hablábamos, éramos como enemigos, ella ni se enteró de que yo estuve secuestrado, pero cuando salí del secuestro la busqué, la abracé, le pedí perdón por mi grosería y dejé de juzgarla, yo sé que sus papás fueron terribles con ella. Ahora estoy tratando de ayudar a mis hermanos a que se reconcilien con mi mamá. Ella sigue siendo jodida, pero tenemos que entender que tuvo una vida muy dura”.

Cuando Gerson y su esposa, después del secuestro, intentaron sin éxito hacer negocios en Bucaramanga y Bogotá, decidieron irse al Caquetá. “Yo volví al Caquetá después de muchos años y me di cuenta de que no había habido progreso. Habían puesto un par de semáforos y eso era todo, pero las necesidades de la gente seguían siendo las mismas”. Por eso cuando Alejandra le pidió ayuda para desmovilizados y le dijo que ella había sido guerrillera, ni la sacó corriendo ni dudó en decir que sí. “Mi esposa y yo les damos capacitación a los desmovilizados que nos trae la Agencia para la Reintegración porque ellos salen sin saber qué es realmente lo que quieren hacer. Y eso que mi esposa quedó con mucho rencor por lo del secuestro pero hoy en día hace esas capacitaciones con amor. Ya hemos contratado a dos de las desmovilizadas, a una su mamá no le creyó que el cuñado la mano-seaba y por eso prefirió irse a la guerrilla. A otra, que es desmovilizada de las autodefensas, le estoy pagando el estudio de Auxiliar Contable para que aprenda bien ese oficio, pues lo que les enseñan en el SENA

es solo como para que se defiendan, pero ellos necesitan más que defenderse. Hay varias que han estudiado cosmética en el SENA y se han gastado en muebles de peluquería el capital semilla que les dan en la Agencia para la Reintegración, pero los tienen arrumados porque no saben trabajar bien. Hemos capacitado a cien personas, treinta de ellas desmovilizadas de varios grupos. Ahora estoy contactando a otras empresas de belleza para hacer una fundación para crear una academia de belleza acá en el Caquetá. He ido a Acopi a contarles a otros comerciantes mi experiencia, les digo que no esperen a que les pase un secuestro para reflexionar. Algunos me dicen que les han pasado ‘cacharros’ con guerrilla o paras y que el que ha sido malo no deja de serlo. Yo les respondo que muchos de ellos ya tienen empleados que fueron de esos grupos y ni lo saben. Otros me preguntan que cuánto les va a representar en ganancias dar capacitaciones a los reinsertados. *Les digo que la recompensa no es en plata.* Yo hoy me voy, si quiero, a bañarme al río y lo hago tranquilo, sin escoltas, perdí el miedo. Si les cerramos las puertas a los desmovilizados va a haber un problema social muy grande. El día que se graduó el que era el comandante de un frente de las Farc de un curso de albañil, salió su hija a darle un abrazo y a felicitarlo. Él dijo que por su hija se había desmovilizado a pesar de que tenía rango de comandante. Es tan hermoso ver eso, como es hermoso ver a las mamás con sus hijos en las piernas decir que eso no lo podían hacer cuando estaban en sus grupos porque tenían que entregar los hijos a las familias para que se los criaran. Hay que trabajar con amor y ponerle berraquera, cumplirles a los empleados con la liquidación, con todo lo legal, no quitarles un peso. *Yo me considero un revolucionario de derecha*”.

Alejandra confirma lo que Gerson dice sobre la ayuda que ha prestado a desmovilizados, dice que otros empresarios también le han abierto las puertas. “En el Politécnico de Artes y Oficios me dieron cincuenta becas, con cincuenta por ciento de descuento en la matrícula. Es muy importante que los reinsertados estudien porque también pasa que hay empresas que quieren apoyar el proceso de reintegración pero no encontramos desmovilizados con el perfil laboral que la empresa necesita. Y a los desmovilizados hay que cumplirles porque apenas ven que no salen bien las cosas empiezan con su pensamiento revolucionario. No se trata de que les regalen las viviendas pero sí de

que les den facilidad para pagarlas, porque como el banco nos registra como desmovilizados no nos dan créditos buenos. Un desmovilizado bien tratado es muy agradecido y no la vuelve a embarrar”.

—Alejandra, ¿su hija ya sabe que sus papás son desmovilizados?

—Cada que ella me pregunta si la guerrilla es mala y por qué mata gente y niños, me quedo callada, le cambio el tema. No sé cómo explicarle mi pasado, aunque estoy muy orgullosa de mi presente.

NI PORQUE ESTÉ MIL AÑOS EN LA CÁRCEL PAGO LO QUE HICE, PERO PIDO PERDÓN: ÚBER BÁNQUEZ**

“Lo que hice al día siguiente de llegar a Santafé de Ralito fue buscar un colegio. Le dije al director que quería estudiar y me preguntó hasta qué curso había hecho”. Úber Bánquez es uno de los jefes paramilitares que se desmovilizó para acogerse a la llamada Ley de Justicia y Paz. En las filas fue conocido como ‘Juancho Dique’. Entró a la organización como un empleado raso y escaló a lo más alto de la dirección militar. Entre ejecutados con sus propias manos, asesinados y desplazados por órdenes suyas se cuentan más de cinco mil personas. Santafé de Ralito fue el sitio donde los jefes paramilitares negociaron con el Gobierno de Álvaro Uribe las condiciones de su sometimiento a la justicia y fue también el primer sitio de concentración de esa cúpula criminal. Y así como entre ellos había terratenientes de poderosas familias y conocidos caudillos políticos, también había unos cuantos nacidos en la pobreza y la ignorancia. “Yo me acuerdo que me llevaron a hacer primerito, pero a uno que es del campo desde los cinco años le están delegando funciones y le entregan un machete para hacer labores de la tierra, entonces lo que estudié fue muy poco. Acá en la cárcel fue que hice mi primaria, mi bachillerato, y ahora estoy estudiando Administración Agropecuaria”. Cuando le llegó la edad de prestar el servicio militar, Úber Bánquez se graduó como soldado profesional. Al retirarse no consiguió empleo fácilmente y se desesperó porque ya tenía dos hijos que alimentar. Acudió entonces a uno de los patrones

** Al momento de enviar este texto a impresión, Úber Bánquez estaba a la espera de que le suspendieran las últimas tres medidas de aseguramiento de cuarenta y dos que tenía en la justicia ordinaria, para quedar en libertad, luego de cumplir ocho años de prisión dentro del proceso de justicia transicional, conocido como Justicia y Paz.

